

LA PECERA, LA CUEVA Y EL FREGADERO.

Reflexiones en torno de la novela *El erizo* de Muriel Barbery.

Por NICOLÁS LOBOS

*“Debajo de un árbol, frente a la casa,
veíase una mesa y sentados a ella,
la muerte y la niña tomaban el té”.*

Alejandra Pizarnik

Paloma va a cumplir doce años. Ya es ferozmente consciente de la vacuidad del mundo. Sus padres y la acomodada fauna adulta que la rodea habitan, en su opinión, peceras. Bien miradas estas vidas se parecen a la del pececito Hubert, propiedad de su hermana Colombe.

Si quisiéramos definir una pecera deberíamos decir que es un espacio de reclusión, protección y exposición a la vez. Sería –a los ojos de Paloma- una buena metáfora de esa pequeña y encapsulada experiencia que es la vida burguesa: segura, aislada y al mismo tiempo interminablemente expuesta a la mirada de los demás. Esas existencias prensadas por mandatos, modelos y arquetipos horrorizan a la niña. ¿Qué es ser una buena madre? ¿qué es ser una buena hija? ¿qué es ser una buena portera? ¿qué es ser una persona rica políticamente correcta? Paloma no se resigna a aceptar sus días regidos por el destino *“que está escrito en la frente”* –como gusta decir-. Lo previsible e inevitable, seguro y asegurado, repetitivo y aburrido de la existencia que hace sentido común. *“Sé que el destino final es la pecera -piensa Paloma-. Pero lo cierto es que a la pecera no voy a ir”*. La pequeña decide suicidarse el día de su cumpleaños. Restan 165 días. Mientras tanto va a filmar todo con su pequeña cámara para dejar documentado lo absurdo del mundo.

El otro gran personaje de la novela es Renée, la portera del lujoso edificio donde viven la niña y su familia. Ella no habita una pecera, más bien su negativo, una cueva. Renée tiene el escondite perfecto. Tras la fachada de una encargada de edificio -rechoncha, hosca y amargada- se esconde una delicada sensibilidad

apasionada por la literatura, el pensamiento, la pintura, el cine y la música. Renée ha armado en el dormitorio de su diminuto apartamento una fabulosa biblioteca donde pasa horas y horas mientras deja prendida la televisión en la sala de estar para despistar a los vecinos. Cultiva el bajo perfil extremo. No quiere que nadie ni siquiera la imagine. Sus esfuerzos están dirigidos a producir con minuciosidad su propia insignificancia logrando así la perfección en el arte de la discreción. Cuando Paloma entra por primera vez al departamento de Renée descubre sobre la mesa de la sala un libro llamado *Elogio de la sombra*, ¡toda una declaración de principios! Renée tiene – a los ojos de Paloma- la elegancia del erizo. “*Por fuera está cubierta de espinas, es una auténtica fortaleza. Pero pienso que por dentro es tan refinada como ese animal engañosamente indolente, tremendamente solitario y terriblemente elegante*”.

Paloma se esconde –como Renée- todo el tiempo. Al comienzo de la película aparece filmándose a sí misma en la oscuridad de su cuarto a la luz de una linterna y, si bien tiene varios escondites, su habitación, donde gira su pequeño universo, es su preferido. Allí dibuja, piensa, lee y prepara sigilosa y puntualmente el momento de su muerte.

La pecera y la cueva son –podríamos arriesgar- simétricos y opuestos. Los dos igualmente limitados, cerrados y protegidos tienen, sin embargo, potencialidades y tensiones diferentes. La pecera es vidriera, exposición y espectáculo mientras que la cueva es madriguera, intimidad y silencio. La cueva es, de alguna manera, el negativo de la pecera dado que es -si se nos permite el oxímoron- una pecera que se oculta a la mirada o una pecera dada vuelta como un guante. En la pecera –al estar permanentemente expuestos- debemos cumplir perentoriamente con los mandatos y estereotipos sociales. En el escondite -digamos por el momento- se puede desplegar el deseo. En su cueva Paloma hace planes, traza sus dibujos y escribe sus máximas filosóficas. En la suya, Renée lee incansablemente, escucha Mozart y disfruta sus películas japonesas de culto. Como si cada una habitara la mónada sin ventanas de Leibniz. Lugar protegido, pero sin luz. Sin embargo, debemos señalar que por protegido que sea el escondite no deja de ser al mismo tiempo una cárcel...: todo lo que te preserva y resguarda también te bloquea e inhabilita. La madriguera, la cueva, el escondite tanto como la pecera son buenos lugares para que lo diferente no te alcance. Buenos espacios

de inmunización donde lo extraño, lo plural, lo conflictivo, lo contradictorio, lo antagónico, lo excesivo, lo violento, lo que corrompe o transforma no tienen lugar. Espacios donde todo lo que te puede alterar permanece en la frontera.

Peceras y cuevas se multiplican en el mundo contemporáneo tratando de evitar el contagio y conjurar el mal exterior. ¡Ni qué hablar desde el advenimiento de la pandemia donde las burbujas se han puesto a la orden del día y nuestras peores pesadillas se han hecho realidad! Sin embargo, y más allá de la pandemia, el otro gran tema de las peceras y de las cuevas es el tema de los propios desechos, los detritus, es decir, el mal interior. El problema de las múnadas no es que sean sin ventanas, sino que son sin resumideros, fregaderos, desagües o cloacas. En un momento Paloma señala que el pececito Hubert tiene escapadas semanales al fregadero (a la lavandería) para que la empleada cambie el agua del habitáculo y el animalito no se intoxique con sus residuos. ¿De la misma manera la madre de Paloma asiste semanalmente a sus sesiones con el psicoanalista? ¿Es una estrategia para mantener la homeostasis en la cajita de vidrio? ¿Es el psicoanálisis una forma de tratamiento del detritus, un sistema de desagüe cloacal de la vida burguesa?

El libro encierra una crítica interesante al psicoanálisis. La madre de Paloma lleva una década analizándose, consumiendo ansiolíticos, tomando champán y hablándole a las plantas tres horas por día. La niña denuncia frente al padre el vínculo que puede haber entre estos elementos: psicoanálisis, ansiolíticos, hablar con las plantas, una vida vacía... ¿Hay algo del análisis que no funciona? ¿O hay un cierto funcionamiento del análisis que sostiene la disfunción? Paloma remata la discusión con una frase lapidaria: *“El psicoanálisis compite con la religión por el amor de los sufrimientos que perduran”*. Muy interesante. Aclaremos que en algún sentido el psicoanálisis es lo opuesto a la religión: su convicción desidealizadora suele estar fuera de discusión. Casi todo el mundo sabe que en el diván del psicoanalista se apaciguan las culpas, se pacifican las pasiones y se desinflan los ideales. Sin embargo ¡qué tendencia pronunciada la de las instituciones psicoanalíticas a comportarse como capillas!, ¡qué costumbre la de hablar “en el nombre del Padre!” (Lacan, Freud). Cualquier psicoanalista novel –y no tanto- podría decir “yo ya no creo en Dios, ahora creo en Lacan”. En realidad, podríamos arriesgarnos a pensar que no se trata de creer

en Dios o en Lacan sino... de no creer. O, en todo, caso... ¡de no creérselas tanto! Pero esto es algo que no todos los psicoanalistas están en condiciones de hacer. Y aclaremos que no creer no significa no leer o no estudiar. No estaría nada mal encontrar en el frontispicio de una institución psicoanalítica una frase al estilo de: "Leemos a Lacan porque no creemos en él".

Dado que Paloma empareja la religión con el psicoanálisis recordemos la definición lacaniana de religión: "*La religión fue pensada para curar a los hombres, es decir, para que no se den cuenta de lo que no anda*" (Lacan, 2005: 86). Maravillosa sentencia, sin olvidar, claro, aquella de Marx: "*la religión es el opio de los pueblos*". Bien, vayamos por la primera, "*lo que no anda...*"; tratemos de dibujar el horizonte de comprensión de esta expresión. En la pecera las cosas andan, en la cueva -a su manera- también. La distopía de Paloma tiene su lugar en su escondite. Escondite, cueva y pecera forman parte del mundo: el mundo público burgués y el mundo privado de los y las inconformistas. El problema es lo in-mundo. "*Lo que anda es el mundo, lo real es lo que no anda*" (Lacan, 2005: 76) y el análisis trataría de tocar algo de lo real, algo de lo in-mundo. Con lo real el psicoanálisis quiere nombrar el sin-sentido, la angustia, el trauma, lo siniestro, lo *Umheimlich*, las pulsiones que desbordan todo esfuerzo de comprensión; la locura, la perversión, lo negado de lo simbólico, en fin, lo que no tiene lugar en el mundo.

Sin embargo, no debemos olvidar que cuando hablamos de "el mundo" es siempre "un cierto mundo". Lo siniestro, las pulsiones, la locura, la perversión no son "lo otro" de lo humano, son sombras, locuras, perversiones, sí, pero humanas. Son dificultades o características, algunas muy inquietantes y difíciles de llevar, muy pesadas y delicadas otras, pero características de seres humanos, al fin y al cabo. No son "el infierno tan temido".

Por otro lado "lo que no anda" no sólo se manifiesta en forma de angustia individual. Lo que no anda es también la segregación, el racismo, la pobreza, la explotación. Lo que no anda, lo expulsado de "este mundo", lo in-mundo para la sensibilidad burguesa es también una multitud de voces disonantes, de diferencias "peligrosas", de contradicciones enojosas que preferimos ignorar. Lo que no anda es lo que el cerco ideológico burgués ha dejado afuera, lo que la frontera de la controlada crueldad y la resbaladiza tolerancia moderna ha

excluido y mantenido lejos de “lo pensable”, imaginable y deseable. Lo que no anda es también la clausura de alternativas a una vida consumida en el consumo comandado, la vida típicamente contemporánea. Si la religión opera para “no darse cuenta de lo que no anda”, ¿no opera el psicoanálisis, a veces, en la misma dirección? Si ampliamos el horizonte de comprensión de lo real que esbozamos más arriba y nos preguntamos ¿tratan siempre los psicoanalistas de tocar algo de lo real? ¿No es el análisis tantas veces útil para “no darse cuenta de lo que no anda”? ¿No es el psicoanálisis una práctica que al mirar cierto aspecto que no anda, desconoce otros que tampoco andan? ¿No es tantas veces típicamente psicoanalítica su negación de lo político o de la lucha ideológica? ¿No acordaríamos que muchos psicoanalistas están notablemente sumergidos -sin percibirlo- en ideologías burguesas, machistas, neoliberales aun cuando intervienen como analistas? ¿No funciona tantas veces la visita al consultorio como las visitas semanales de Hubert al fregadero: para cambiar el agua y que el pececito no se intoxique con sus propios desechos? Limpiar el recipiente no es poco -sin duda- pero parece haber una distancia notable, aún, con “tocar algo de lo real”.

La modernidad se puede caracterizar por la racionalidad instrumental y el individualismo atomístico. El psicoanálisis ha desplegado dardos filosos y certeros contra la racionalidad instrumental pero no tan afilados contra el individualismo burgués. Uno podría verse tentado de afirmar que la clave de la novela es la vindicación del arte, la biblioteca, el cine o la literatura. De que la salida es la belleza en tanto puerta hacia el amor. Sin embargo, habría que dar un paso más. Podríamos arriesgar la hipótesis de que es más bien la relación entre el adentro y el afuera lo importante en la novela de Barbery. Si la pecera y la cueva están definidos por un adentro y un afuera, creemos no traicionar el espíritu de la obra si decimos que lo importante es problematizar la existencia misma del adentro y del afuera, cuestionar la existencia originaria del individuo y “su entorno”, de la persona y “sus” dificultades, de la pecera burguesa tanto como el escondite de las almas bellas. Es la centralidad del individuo burgués en sus dos caras lo cuestionado. Si esto es así, tal vez ya no se trate de estar cómodo adentro (incluyendo la limpieza semanal de la pecera y las películas de culto japonesas) sino de salir de la cápsula y del paradigma del individuo. Esta

orientación implica, entre otras cosas, entender que el inconsciente no reside en la más profunda intimidad, sino –por el contrario- en el exterior.

¡Es lo éxtimo!, afirmarían los psicoanalistas con razón... y estaríamos de acuerdo con ellos. Es la relación de banda de Moebius entre el exterior y el interior lo que hay que pensar, pero en el planteo que estamos desarrollando aquí importa enfatizar “el exterior”. Hay que decirlo fuerte para que se escuche: el inconsciente está afuera. El mito del “mundo interno” y de “mi inconsciente” es algo que hay que refutar o, al menos, rodear. Se tiene que tener fe en el individuo burgués para creer que “cada uno tiene su inconsciente” y que el inconsciente es propiedad privada del individuo. En realidad, nadie tiene un inconsciente; en todo caso **somos tenidos** por él. El inconsciente es eso que todos ven, menos –obviamente- uno/una mismo. Es entonces la existencia misma del afuera y del adentro lo que hay que problematizar y Hubert, en su pecera, se convierte, desde esta perspectiva, en el protagonista de la historia. Hacia el final de la película el pececito muere y va a parar –desechado- al inodoro de Paloma, pero inmediatamente aparece en otro inodoro, en la planta baja, en lo de Renée, vivo y renacido. Como en una banda de Moebius va de un adentro a un afuera. Pasamos de la vida a la muerte y de la muerte a la vida, de inodoro rico a inodoro pobre y de allí de vuelta, renacido, a manos de Paloma. Renée, que al comienzo de la película nos cuenta su historia frente a la cámara, termina después de muerta, contándonos sus sutiles pensamientos frente a una docena de ojos que la miran muerta. Renée estaba saliendo de la madriguera, estaba disponiéndose a amar. *“Lo importante no es cuándo morimos –dice Paloma-, lo importante no es si antes o después, sino lo que estamos haciendo en el momento en que nos encuentra la muerte”*. La muerte de Renée de alguna manera le salva la vida a la niña.

La pecera, el escondite y la cueva son las neurosis y las ideologías, burbujas dentro de las que nos atrincheramos para inmunizarnos. Construimos grandes murallas para impedir los contagios, murallas que también nos aprisionan.

Al comienzo de la película Paloma dice que la alternativa está *“entre la pecera y perseguir las estrellas”*. El espectador del film acordará que podemos pensar este “perseguir las estrellas” como una metáfora de amar o de producir arte, sin duda. Encontrar en el arte la salida al sinsentido de la vida no es ajeno al

horizonte de comprensión común psicoanalítico. Sin embargo, es sintomático que no se perciba tan frecuentemente en los círculos “psi” a la política como una alternativa. Es sintomático que muchos psicoanalistas no tengan como horizonte de sentido a la política al mismo nivel, por lo menos, que al arte. ¿Será que para muchos de ellos la política es el espacio propio de espíritus interesados, manipuladores y demagógicos? ¿Será que es percibido como el germen de las pasiones plebeyas irracionales que desembocan en los totalitarismos? Obviamente que pueden, también, estar en lo cierto. Pero la política, como el amor, el arte o el inconsciente nos atraviesa y nos constituye. No somos individuos que hacemos o no hacemos política; la política nos hace en tanto individuos mientras creemos hacer una u otra cosa. O en palabras de un psicoanalista que sí está al tanto: *“La política (es) el lugar constituyente de la experiencia del sujeto en su devenir hablante, sexuado y mortal”* (Alemán, 2012: 8). Podríamos definir un fin de análisis como el proceso que nos pone parcialmente al corriente de que las lógicas inconscientes nos preexisten y nos constituyen. De que somos minúsculos atolones de conciencia en un océano de inconsciente. Estar al tanto y hacer algo con esto es la meta del trabajo analítico. De una manera semejante tenemos que saber que todo orden vital es económico, toda economía es política, todo orden político es ideológico, todo orden ideológico es inconsciente y en tanto tal nos constituye. El desafío es tomar en lo posible en nuestras manos este *factum* para hacer algo con él. Tanto el arte como la lucha política e ideológica son salidas posibles al encierro inmunizador burgués, sin embargo, no siempre los psicoanalistas están al tanto. Frente a la pregunta *¿quién cree en el psicoanálisis?* Podríamos responder que no se trata de creer ni de reventar..., sino de pensar. No se trata de aquel “cielo que me tienes prometido” ni del “infierno tan temido” sino de la implacable, minuciosa, peligrosa, refrescante, corrosiva y liberadora labor de la pregunta. No se trata de poner en juego “las cuestiones de fe” sino de no cejar en la pregunta por el “¿por qué?”. El segundo punto es que la pregunta, el análisis, la clínica pueden producir ciertas emancipaciones, ciertas transformaciones, pero sólo si dejamos de lado las pretensiones de absoluto. El problema no es que se haya hecho de la locura *lo Otro*, como si se la hubiera ubicado injustamente en el rango de la diferencia absoluta, de lo inasimilable. El problema es aceptar que exista algún lugar que pueda ser inasimilable o diferencia absoluta. La locura, el

sufrimiento mental existen, lo que no existe esa dimensión de otredad completa. La locura es locura, sí, pero sólo es locura. Es una diferencia, correcto, algunas pueden ser muy pesadas y difíciles de transitar, pero no son lo Otro de la normalidad (que es por supuesto otra forma de locura). El problema –entonces- no es poner la locura en el lugar de lo Otro, de lo inasimilable, el problema es dar por sentado que existe en la realidad el lugar de lo Otro, cualquiera sea el fenómeno social que lo ocupe, locura o Auschwitz. Los lugares de lo Mismo y de lo Otro son fantasmáticos, imaginarios, hay que decirlo fuerte para que se oiga. Yo no puedo enojarme porque alguien me diga que no voy a ir al cielo sino al infierno, porque el cielo y el infierno no existen. El acontecimiento –por su parte- no es lo Otro de lo común, ordinario, cotidiano, no es lo Otro del *status quo*. El acontecimiento es eso que puede asomarse cuando se aflojan un poco los blindajes ideológicos, gozantes y neuróticos. No existe “lo Otro” con mayúscula (a no ser en el cielo o en el infierno de la imaginación). El acontecimiento –por su parte- no viene del otro mundo, el acontecimiento es este mundo -en su multiplicidad y variantes- cuando nos aflojamos un poco.

El mundo es siempre un cierto mundo y lo Otro es siempre “un cierto otro”. Lo que suele desinflar al mundo para convertirlo en cierto mundo y al Otro para convertirlo en “cierto otro” es la pregunta, la incansable pasión de Paloma por la pregunta es lo que puede abrir las ventanas de la mónada para que circule un poco el aire...

Bibliografía

Alemán, Jorge. Soledad: común. Políticas en Lacan. Capital Intelectual. Buenos Aires. 2012.

Lacan, Jacques. El triunfo de la religión. Paidós. Buenos Aires. 2005.

Burbery, Muriel. La elegancia del erizo. Seix Barral. Madrid. 2007.